



IV

La Palabra hecha carne en la Sagrada Escritura: pasto y alimento del alma

Del Evangelio según Juan (17, 6-21)

Manifesté tu Nombre a los que separaste del mundo para confiármelos. Eran tuyos y me los diste, y ellos fueron fieles a tu palabra. Ahora saben que todo lo que me has dado viene de ti, porque les comuniqué las palabras que tú me diste: ellos han reconocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos. Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío, y en ellos he sido glorificado. Ya no estoy más en el mundo, pero ellos están en él; y yo vuelvo a ti. Padre santo, cuida en tu Nombre a aquellos que me diste, para que sean uno, como nosotros.

Mientras estaba con ellos, cuidaba en tu Nombre a los que me diste; yo los protegía y no se perdió ninguno de ellos, excepto el que debía perderse, para que se cumpliera la Escritura. Pero ahora voy a ti, y digo esto estando en el mundo, para que mi gozo sea el de ellos y su gozo sea perfecto. Yo les comuniqué tu palabra, y el mundo los odió porque ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del Maligno. Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Conságralos en la verdad: tu palabra es verdad. Así como tú me enviaste al mundo, yo también los envío al mundo. Por ellos me consagro, para que también ellos sean consagrados en la verdad.

Moisés le pide al Señor, que se le manifieste en el monte Oreb, que sepa su nombre, para poder presentarse a los israelitas y decirles quién lo envió. La respuesta es «YHWH», «Yo soy». Él es el Dios existente, no sólo en oposición a las divinidades que tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, sino porque está presente, vive con su pueblo, está cerca de ellos y camina entre ellos: "Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios" (Jer 7,23).

En el texto de Juan, conocido como "la oración sacerdotal", Jesús dice: "Tuyos eran y me los diste". El nuevo pueblo de Dios está formado por aquellos a quienes Jesús compró con su sangre, es por este pueblo que ora, es a este pueblo que se revela, no sólo con palabras importantes y reveladoras, sino como la Palabra, Él es el Verbo encarnado.

La vida nueva del creyente será poseer esta Palabra, escucharla, vivirla: «Santifícalos en la verdad. Tu Palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, yo también los he enviado al mundo; por ellos me consagro a mí mismo, para que también ellos sean consagrados en la verdad».

La escucha personal y comunitaria de la Palabra de Dios es la fuente de la que bebemos para vivir como creyentes y estar en plena comunión con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Los Grupos de Padre Pío, que se reúnen en oración, no pueden ignorar el encuentro con la Palabra, porque es el signo seguro de la presencia de Jesús en medio de ellos.

El nacimiento de nuevos Grupos de Oración es siempre un acontecimiento importante, es motivo de gracia para toda la Iglesia y para las distintas comunidades parroquiales; a menudo está ligada a motivos particulares, como la gratitud por una gracia recibida de Dios o la iniciativa de algún devoto. El Señor se sirve a menudo de estas situaciones particulares al principio, pero para progresar verdaderamente según el espíritu del Padre Pío es necesario que las comunidades se basen inmediatamente en la escucha y la meditación de la Palabra de Dios. Ser *Iglesia de Cristo, ser comunidad*, significa escucharlo y saber reconocer su presencia a través de las Sagradas Escrituras. El libro de la Biblia es el primer texto de formación de los Grupos de Oración del Padre Pío, es el pasto donde se alimentan diligentemente.



De una carta de Padre Pío a Raffaolina Cerase (Ep. II, pp. 236-237)

Una palabra, debo añadir, a lo ya dicho: esta palabra se refiere al saber colocar los medios oportunos para conseguir la perfección del cristiano. El apóstol (San Pablo) propone dos muy poderosos: el estudio continuo de Dios y el obrar todo para su gloria. En cuanto al primer medio, escribe en Colosenses: «La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecidos, himnos y cánticos inspirados». La doctrina de este apóstol es clara; no tiene necesidad de comentarios. Si el cristiano se llena de la ley de Dios, que le advierte y le enseña a despreciar el mundo y sus lisonjas, las riquezas, los honores y todo lo que impide amar a Dios, no será derrotado suceda lo que suceda; todo soportará con perseverancia y con una santa constancia; y perdonará fácilmente todas las ofensas, y por todo dará gracias a Dios. Además, el apóstol quiere que la ley de Dios, la doctrina de Jesús esté en nosotros, habite abundantemente en nosotros. Ahora bien, todo esto no se puede tener sin leer asiduamente la sagrada escritura y los libros que tratan de las cosas de Dios; o escuchándola por medio de los oradores sagrados, confesores, etc. Finalmente, el apóstol quiere que el cristiano no se contente simplemente con saber la ley divina, sino que quiere que profundice el sentido, como para poder orientarse bien. Todo esto no se puede poseer sin una asidua meditación de la ley de Dios", mediante la cual el cristiano, exultando de alegría, con el corazón irrumpe en dulces cánticos de salmos y de himnos a Dios. Así aprende el cristiano, que tiende a la perfección, cuán importante es la necesidad de la meditación. En relación, luego, al otro medio, o sea, el del obrar todo para la gloria de Dios, escuchemos la enseñanza del apóstol: «y todo cuanto hagáis — dice él —, de palabra y de boca, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre». Con este simple medio, fielmente practicado, no sólo nos mantenemos alejados de todo pecado, sino que nos sentiremos empujados en cada instante a tender siempre hacia una mayor perfección.

La palabra y la escucha

En los años en que el Padre Pío vive en Pietrelcina se alimenta constantemente de la Palabra de Dios, nos damos cuenta porque sus cartas a menudo están impregnadas de citas evangélicas y de otros textos bíblicos. Se nota de modo particular que algunas veces adquiere precisamente el modo de pensar de los autores de la Sagrada Escritura: se identifica con Jeremías, con Job y con los autores de los salmos. Cuando emprende la dirección espiritual trata de transmitir esta experiencia suya de lo sobrenatural adquirida a través de la lectura de la Sagrada Escritura, volviendo a menudo a los frutos de la gracia bautismal: Dios no es solo el autor de nuestra santificación, pero a través de su Palabra guía y sostiene el alma que se abre a Él.

Un ejemplo de todo esto lo podemos deducir de las primeras cartas dirigidas a la beata María Gargani. El primer paso del Padre Pío es tranquilizar a la propia hija espiritual en su camino interior y al mismo tiempo ponerla en su propia amplitud de onda: «Todo lo que en vosotros pasa es obra de Jesús y vosotros debéis creerlo. A vosotros no os corresponde sindicarse la obra del Señor, pero os debéis someter humildemente a estas divinas operaciones. Dejad libertad plena a la gracia que obra en vosotros y recordad nunca turbaros por cualquier cosa adversa que os pueda ocurrir, sabiendo que todo esto es un impedimento al divino Espíritu».

Estamos en el agosto de 1916, de allí a algunos días el Padre Pío habría llegado por primera vez a San Giovanni Rotondo, su historia era un continuo encomendarse a Dios y contemplar sus gracias; así introduce inmediatamente a la hija espiritual en ese camino de abandono en el misterio de Dios que no puede ser alimentado de otra manera que por la Palabra de Dios. Por este motivo en las cartas sucesivas preguntará la hora del día y sugerirá - cosa frecuente en su dirección espiritual - al menos dos tiempos de meditación al día. En la carta del 16 de septiembre de 1916 presenta incluso



un método de la oración mental, supuestamente retomado por la *Filotea* de San Francisco de Sales, a la que a menudo el Padre Pío hacía referencia.

El objeto de la meditación, obviamente, debe ser elegido por la persona interesada, pero se nota enseguida la importancia que el Padre Pío daba a la Sagrada Escritura y en particular a los Evangelios: «Y aquí hay que observar que el alma habitualmente medita la vida, pasión y muerte de Jesús Señor nuestro. Ningun alma, por cuanto esté delante en los caminos de Dios, debe eso descuidar».

Si miramos ahora la estructura de la meditación propuesta por el Padre Pío, nos damos cuenta de cuánta continuidad hay entre lo que sugiere y su experiencia personal: ante todo es necesario predisponerse en una actitud de humildad y disponibilidad, invocando la intercesión de la Virgen María y de los santos. Siguen la meditación en cuanto tal, el análisis de cada aspecto y la propuesta de enmendarse de aquel defecto que más «impide unirse a Dios y que es causa de muchos otros defectos y pecados».

Siempre vuelve, como vemos, el tema central de la vida espiritual del Padre Pío: unirse a Dios; el defecto, el pecado son elementos de disgregación de una relación que es fundamental para la persona. Lo siguiente, la oración de intercesión, el agradecimiento e incluso el análisis de cómo ha ido la meditación, entran en este concepto fundamental: vivir la unión con el Señor.

La palabra que transforma

El Papa Francisco, hablando de la importancia de la Palabra de Dios en la santificación cristiana, pone el acento en su fuerza transformadora, recordando un documento de los obispos indios: «La lectura orante de la Palabra de Dios, más dulce que la miel (cf Sal 119,103) y «espada de doble filo» (Hb 4,12), nos permite estar a la escucha del Maestro para que sea lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro camino (cf Sal 119,105). Como nos han recordado bien los obispos de la India, «la devoción a la Palabra de Dios no es solo una de las muchas devociones, una cosa hermosa pero opcional. Pertenece al corazón y a la identidad misma de la vida cristiana. La Palabra tiene en sí la fuerza para transformar la vida» (GE, n. 156).

Es bueno, en este punto, recordar la relación profunda que debe existir entre la Palabra de Dios y nuestro testimonio, porque el riesgo de tener palabras nuestras, a veces dictadas por el excesivo activismo o por una gran importancia dada a los proyectos pastorales, pueden hacer olvidar que en el origen de toda conversión no está el hombre sino la acción de Dios.

De modo particular, en este tiempo en que se experimenta el malestar no solo por el desprendimiento tan evidente de gran parte de esta sociedad de cualquier forma religiosa, sino también por los escándalos que - por desgracia - son cada vez más frecuentes dentro de la Iglesia, es necesario reafirmar la fuerza de esta Palabra que no tiende a cambiar las estructuras o las situaciones de manera milagrosa, sino a renovar los corazones.

Los hijos espirituales y los Grupos de Oración tienen por el Padre Pío una verdadera y propia consigna, según lo que es la enseñanza del Padre Pío dirigida a dos hijas espirituales: «Se aprisionan bien en la mente, esculpen fuertemente en sus corazones y se persuadan que nadie es bueno "*nisi Deus*" y que nosotros no tenemos sino la nada. Vayan meditando asiduamente lo que san Pablo escribe a los fieles de Corinto: "*¿Quid habes, quod non accepisti? se autem accepisti, quid gloriaris, casi no acceperis?*". [¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te jactas de ello como si no lo hubieras recibido?] (I Cor 4,7)» (Ep. I).

Vivir de este modo la Palabra de Dios significa sentirse continuamente deudores de Él, porque el bien que hay en nosotros es obra de la presencia y de la gracia que vienen del cielo.

Es obvio que este vínculo con la Palabra no puede ser ocasional, es necesario aprender a disponerse a la escucha, por eso el Padre Pío recomienda: «Ayúdate mayormente entre tanto con la lectura de los libros santos; y yo deseo vivamente que tú leas esos libros, siendo esas lecturas de gran alimento para el alma y de gran avance en el camino de la perfección, no menos de lo que lo es la oración y la santa meditación, porque en la oración y meditación somos nosotros los que hablamos al Señor



mientras que en la lectura santa es Dios el que nos habla. Busca atesorar lo más que puedas estas lecturas santas y sentirás rápidamente tu espíritu renovado» (*Ep. II*, pp. 129-130).

Aquí se juega mucho de nuestra vida espiritual: a través de la escucha y la meditación de la Palabra, podemos verdaderamente dar espacio a la acción transformadora del Espíritu Santo que nos hace verdaderamente espirituales y totalmente abiertos para encaminarnos hacia una plena comunión con Dios.

El diario espiritual

Una tarde el Padre Pío entró en la habitación del Padre Pellegrino cuando éste estaba escribiendo sus reflexiones sobre el Evangelio, según las enseñanzas de su antiguo director. Rápidamente escondió el cuaderno en el cajón del escritorio, despertando la curiosidad del Padre Pío que lo volvió a abrir y «con un candor angelical sacó el cuaderno de mi diario, que nunca ha visto persona viva. "¡Diario del evangelio!", exclamó leyendo la etiqueta en la tapa del cuaderno, "¡Esto es una cosa hermosa!". Inmóvil como una estatua, con los ojos fijos en el cuaderno, parecía que había clamado al milagro no tanto por el significado del diario como por mi persona que de repente se le revelaba dedicada a las sagradas escrituras».

Sorprendido por la espontaneidad y el aliento, el Padre Pellegrino le explicó de qué se trataba y, al final, el Padre Pío concluyó: «Escucha, hijo mío. Tu antiguo director te enseñó una muy buena práctica... Haz este diario, piensa en lo que dice Jesús, y mientras escribes sus palabras en tu cuaderno, imprímelas dentro de tu corazón. Entonces sí, descubrirás algo hermoso y bueno para tu alma».

Un fraile pobre que reza

En efecto, la razón última de la eficacia apostólica del Padre Pío, la raíz profunda de tanta fecundidad espiritual se encuentra en esa unión íntima y constante con Dios de la que las largas horas pasadas en oración eran elocuente testimonio. Le encantaba repetir: «Soy un pobre fraile que ora», convencido de que «la oración es la mejor arma que tenemos, una llave que abre el Corazón de Dios».

Esta característica fundamental de su espiritualidad continúa en los "Grupos de Oración" fundados por él, que ofrecen a la Iglesia y a la sociedad la formidable contribución de la oración incesante y confiada. El Padre Pío combinó entonces la oración con una intensa actividad caritativa de la que la "Casa Alivio del Sufrimiento" es una expresión extraordinaria. Oración y caridad, son una síntesis muy concreta de la enseñanza del Padre Pío, que hoy se vuelve a proponer a todos (JUAN PABLO II, Homilía sobre la canonización del Padre Pío, 16 de junio de 2002).

22 DE ENERO

ANIVERSARIO DE LA VESTICIÓN DEL PADRE PÍO

El Día de la Fidelidad

En coherencia con la radicalidad evangélica que caracteriza la vida del Padre Pío, los Grupos se comprometen en una celebración comunitaria (para Grupos individuales o por diócesis) en la que, siguiendo siempre el tema del año, se renuevan las promesas bautismales y una promesa, siempre igual en la forma, comprometerse con la coherencia y el testimonio.